

malvados; descubrid ese divino rostro para que yo le adore, me ablande con dolor, me prenda, y todo me deshaga en su amor. A Moisés cubrían los judíos el rostro por la mucha claridad que traía de haber tratado con Vos, pues sólo así cubierto podían conversar con él, y á él querían oír y no á Dios, por no morir. Pero no así las almas que de todo corazón os desean, que con amor os buscan, y presas del fuego de vuestra caridad andan tras de vuestra hermosura; éstas desean oír vuestra voz; cara á cara os quieren conversar; aborrecen todo lo que esto les impida; no sufren medio entre ellas y entre Vos, ni el más mínimo estorbo que las encubra vuestra soberana hermosura. Moisés, que os conocía y ardía en vuestro amor, sólo por vuestro rostro suspiraba, diciéndoos que, pues tanto os preciabais de ser su amigo, se le mostraseis. Pues, Señor, ¿cómo habéis de estar delante de mí con esos ojos tapados y no os he de ver? Descubrid ya, vida de mi alma, ese rostro á vuestro indigno siervo, pues sólo de él espero la luz del fuego con que os he de conocer y amar; transformadme todo en Vos y prended hoy este corazón, pues si ha de ser vuestro alguna vez, ¿por qué no ahora? Es verdad que si yo fuese vuestro, ninguna cosa me podrá encubrir vuestros rayos, sino que de cualquier manera que os hallare os conoceré si fielmente y con puro corazón os amare. Pero, salud de mi alma, ¿quién ha de hacer esto sino Vos?

A Vos, pues, ruego en esta hora que tengáis misericordia de mí. Acordaos que esos ojos que los judíos taparon, no pudieron estar cerrados en esa misma hora para vuestro apóstol San Pedro que os estaba negando, antes bien (según tenemos escrito), Vos con los ojos corporales cubiertos le mirasteis y arrojasteis en su corazón vuestros divinos rayos con que le alumbraстеis é hicisteis ver su estado, llorar su culpa, enmendarse y volverse á Vos de corazón. Pues, Señor, Vos sois aún el mismo. Miradme con misericordia, penetrad mi corazón con la virtud de vuestros divinos rayos, haced que vuelva dentro de mí, que conozca quien sois y que lllore mis culpas; tomadme todo en Vos y por vuestro desde ahora; pues aquí, en cuanto puedo y como puedo, me ofrezco y entrego todo á Vos. Mudadme de lo que he sido hasta aquí; dadme vuestro amor, que siempre me traiga tras de Vos unido y preso de vuestra hermosura, mi buen Jesús, mi verdadero Señor, maestro y pastor de este errado corazón.

¡Oh madre de Dios sacratísima, que más que todos amáis y amasteis la hermosura de este Señor, y más que todo os afligió y sentisteis verle tan demudado, hinchado y lleno de cardenales de las crueles bofetadas, y más que todas las criaturas anduvisteis siempre presa de la claridad de este divino rostro! Acordaos de este miserable pecador, y alcanzadme de ese Señor lo que El me quiso enseñar por medio de estos trabajos. Tomad posesión de mí para que siempre me traigáis preso en pos de El. Oh ángeles sacratísimos que os mantenéis de la hermosura de este divino rostro; oh corte celestial que con la belleza de esta divina cara estáis presos, embebidos y

glorificados; amad, alabad, ensalza, adorad y glorificad á este Señor cuanto podéis; arde en su divino fuego por Vos y por mí; suplid las faltas de mis tibiezas y frialdades; y pues allí veis lo que pierde quien anda lejos de esta hermosura, alcanzadme misericordia de este Señor, perpetua memoria suya, unión inseparable de amor y aborrecimiento de todo cuanto me aparta de El. Amén.

TRABAJO XXXII

Ser escupido.

En la misma hora, y juntamente con el trabajo de las bofetadas pasó el Señor otro, no sólo gravísimo de sufrir, sino enormísimo por su naturaleza y afrentosísimo por parte de los que le acusaban, que fué escupirle en su sacratísimo rostro. El mismo pacientísimo Señor tuvo este trabajo y escarnio por tan grande, que no sólo quiso que el Profeta Isaías le profetizase, cuando dijo que no apartaría su rostro de los que le escupiesen; sino que El mismo, dando cuenta á sus Apóstoles de los tormentos que había de pasar en su Pasión y nombrando sólo cuatro ó cinco de sus principales, dijo entre ellos que sería escupido.

Justamente dió tan gran luzar á este género de trabajo y afrenta; porque todos los demás, por grandes que sean, suelen hallarse en hombres. Muchos sufren bofetadas, falsos testimonios, azotes y cosas dolorosas; pero escupir en la cara, no es cosa que se acostumbra entre los hombres. No hace grande á este trabajo el dolor ó la pena (porque el escarnio ni hierne ni mata) sino su mucha bajeza; porque quien lo hace se muestra por una parte muy bajo, desvergonzado y descortés; y por otra descubre muy grande odio y desprecio de aquel á quien afrenta; y el injuriado queda persuadido á que no hay cosa que se tenga en más baja reputación que su rostro y persona; porque teniéndose por descortesía y cosa asquerosa el escupir delante de los ojos de la persona con quien hablamos, se acostumbra volver el rostro y buscar algún rincón para escupir y pisar ó cubrir luego lo que se arroja; y hay bárbaros que sufriendo cosas feas y asquerosas, tienen por injuria que se escupa en su casa. Los fariseos, sacerdotes y príncipes del pueblo, no solo no tuvieron este respeto á la divina persona y sacratísimo rostro del Señor, sino que mostraron tenerle en tan baja reputación que solo á El podían enderezar sus salivas. Así, no contentos con las muchas bofetadas que le dieron, aumentaron este gravísimo escarnio; y sin vergüenza ni respeto, antes con fiesta y deseo de saciar en El la envidia mortal que le tenían, añadían á las bofetadas el escupir en su gravísimo rostro, digno de toda adoración y reverencia.

Como miembros de Satanás, tras la saliva arrojaban de aquellas infernales entrañas y envenenados corazones, tan feas y enormes palabras, que con ellas pudiesen justificar la afrenta gravísima que le hacían. Uno, en escupiéndole, le llamaría maldito; otro, engaña-

dor; otro, peste del pueblo; otro, blasfemo; otro, bebedor; otro, enemigo de la ley de Dios; otro, hipócrita; otro, hechicero; otro, samaritano; otro, endemoniado; otro, compañero de Belcebú príncipe de los demonios, y otros muchos y feísimos nombres con que significaban que no podía una tal y tan pestífera persona ser tratada sino con tan desafortada injuria, y escupir en El como en una pestífera ponzoña del mundo, y como indigno de la vida y nombre de hombre. En esto gastaron una buena parte de la noche, hasta que, cansados, se quisieron ir á recoger para volver al otro día con nuevas invenciones de injurias á cumplir lo que tenían ordenado contra el Señor. Pero el inocente Cordero, hermosura del cielo, gloria del paraíso, no se causaba de padecer ni resistir á cuanto hacían contra él; y así como nunca apartó sus ojos de las necesidades de todos los que le buscaban, y nunca el que le hubo menester le halló pesado ó molesto; así para sufrir tan atroces afrentas no encubrió su sagrado rostro, ni rehusó padecer cuanto de El y en El quisieron hacer sus enemigos, llevándolo con tanta mansedumbre, blandura, modestia y paciencia de cordero, como si en aquella hora estuviera recibiendo pecadores, que era la cosa que con más gracia y más placer hacía. Y ya que no lo tenía allí á todos, se satisfacía con lo que por ellos sufría.

Cosa de admirar es que, entre tantos y tan inmensos trabajos como el Señor pasó en su vida y sacratísima Pasión, quisiese no le faltase este tan enorme género de afrenta, porque no padecía las cosas sólo por el dolor que le causaban, como nacidas de la invención del odio y malicia de los enemigos, sino como determinadas en su eterno consejo. Y aunque este no movía aquellos corazones á que le hiciesen semejantes escarnios (porque Dios no es Autor del pecado, ni le inspira), con todo eso, quiso dar tal orden á sus cosas que viniesen á manos de una tan perversa gente, de quien sabía que le sobra la malicia para hacer cuanto determinaba padecer por los pecadores, sin dar El causa á sus males. Y para quererlo así, tuvo muchas y gravísimas razones: primeramente, así como en su divina naturaleza es perfectísimo, lo quiso ser en las obras que había de ejercitar en su sacratísima humanidad, de tal suerte, que no sólo ninguno le pudiese llegar, pero ni imaginar el más mínimo defecto. Y esto no sólo en las obras, que mostraban su poder y grandeza, sino en aquellas con que por nuestro amor quiso humillar y abatir su persona; de suerte que, si fueron admirables las obras milagrosas de su poder, no quedaron inferiores los excesos de las bajezas á que se dignó humillar; porque en sus grandezas levantaba nuestra Fe, Esperanza, y Caridad, y en las bajezas enseñaba y alumbraba nuestros yerros y ceguedades. Por tanto, cuando llamaba á todos para sí, dijo que los recrearía y satisfaría como fuente de todos los bienes, y enseñó que se complacería de los que le imitasen en su mansedumbre y humildad de corazón. Y ya que, para llevar á todos, así abrió los ricos tesoros de las divinas grandezas que en él estaban encerradas, del mismo modo para que no hubiese

excusa de imitarle, caminó por las más bajas demostraciones de humildad que se pueden imaginar.

Ya David en persona de este Señor tenía profetizado el extremo más bajo á que le abatiría su humildad, de que en la reputación y trato de la gente no sería estimado como hombre, ni tratado como humano, sino como el más bajo y despreciado gusano de la tierra, de que no se hace caso alguno; y aunque andase entre la gente, sería tenido y desestimado como el mismo oprobio y desprecio del pueblo. *Oprobio de los hombres, y abyección de la plebe*, son dos palabras latinas que en extremo grado significan el estado abatido, pues denotan más que afrenta, deshonra, injuria y cosa más baja; porque oprobio de los hombres significa aquello de que con razón todo pueblo se puede avergonzar; y desestimarlo como la misma vergüenza y afrenta de la gente y abyección del pueblo, es cosa que merece ser tan despreciada y olvidada de todos, que aun el andar debajo de los pies es mucho para ella. Tales son las cosas de su naturaleza asquerosas, y de que se apartan los ojos; y tales las personas escandalosas, perjudiciales á la república, y tan malas, que puede el pueblo correrse delante de todo el mundo, de que se diga haber tal cosa en aquel sitio. A este grado de desestimación y desprecio quiso llegar la profundísima humildad de Cristo; y por eso no se contentó de andar por debajo de los pies de los ministros del infierno, como un despreciable gusano de la tierra, sino que se escupiese en El y que se burlasen tapándole los ojos, como cosa asquerosa, indigna de ver y de ser vista.

Con esto queda entendida otra causa de que el Señor quisiese pasar este género de trabajo afrentoso; que como no padeció sólo para satisfacer por nosotros, sino también para darnos ejemplo y enseñanza, quiso en esto mostrar el modo con que nos debemos humillar delante de Dios para serle aceptos. Vemos en este Divino Maestro, que porque no tenía en sí cosa que le pudiese humillar y abatir, mostró la forma de la humildad en sujetarse á las bajezas, que con razón le convendrían si tuviera las culpas de los hijos de Adán. Y no hay duda que si cometiera los pecados que le imputaban, y los que cargó sobre sí para satisfacer por ellos, que fuera tan malo y perjudicial al mundo, que injustamente pudiera ser despreciado como peste y perdición. Y ya que no cabía pecado en El, satisfizo las penas de los que tomó sobre por sí, las mismas cosas que ellos justamente merecen. Por tanto, sufrió prisiones, ser atado, ser juzgado, ser azotado y muerto. Y para que todo pecador sepa la gravedad en que sus pecados son tenidos delante de Dios, y en la que El los debe tener, quiso, entre otros trabajos, ser escupido; para que vea cada uno en sí mismo, que mientras no tiene asco de sus culpas, y se corre de ellas delante de Dios, de modo que se persuada que justamente pueden correrse las criaturas de tener entre sí cosa tan mala, como son sus pecados, y Dios con mucha más razón, ni se sabrá humillar perfectamente, ni arrepentirse como debe de los pecados que contra Dios cometió, ni los aborrecerá profundamente.

Con esto podremos entender algo del espíritu de muchos Santos, que anduvieron por el mundo buscando invenciones para ser tenidos por locos y despreciados en público, complaciéndose de ser abatidos y maltratados, llegando algunos á no resistir los peligros de la vida, en que contra justicia se vieron; porque alumbrados de Dios en el perfecto conocimiento de sí mismos, y en verdadera estimación de lo que merece una naturaleza tan inclinada al mal, como la nuestra, se ofrecían á cuanto los podía abatir, teniendo por mayor injusticia el ser sufridos del cielo y de la tierra. Y cuando veían que lo que ellos merecían atormentaba y era causa de las afrentas del Señor, quedando ellos perdonados, toda humildad y todo abatimiento era poco para ellos. Esto hacían los Santos, llenos del espíritu de Cristo y de sus virtudes, con muchos menos pecados que los que la más de la gente comete. ¿Pues qué cuenta deben hacer de sí los que se complacen de esos mismos pecados, y viven de satisfacerse en todo género de deleites? A éstos sólo les digo, que el Señor, que tanto padeció por sus almas, y que por remediarlas pasó unos tan grandes extremos que asombran á quien bien los considera, ese mismo llega á despreciar, arrojar de sí y condenar para siempre á esas mismas almas que tanto ama; prueba clara que aborrece tanto los pecados de que nosotros gustamos, y en cuyo mal no reparamos, que por ellos se olvida del alma que tanto amó y de lo mucho que por ella padeció, para no tener de ella misericordia; y de todo se acuerda, para que como á desgraciada y que no aborreció sus males, ejecute en ella su rigurosa justicia.

Dejando todas las demás razones que el Señor tuvo para pasar este género de afrenta, una sola no puedo omitir para consolación de los justos, los cuales como siempre estudian en humillarse y abatirse; el mundo, que los tiene por contrarios, coopera á este oficio, despreciándolos y abatiéndolos cuanto puede; y como éstos son los queridos y estimados de Dios, quiso el Señor darles en sí mismo el mejor lugar en que pudiesen mantenerse cuando se vieses debajo de los pies de todos como gusanos, que es el recibirlos en su sacratísimo rostro; porque como el propio lugar de los gusanos es el montón de lo que se arroja, quiso el Señor que el mundo hiciese de su purísimo rostro un montón de asquerosas salivas, para que á él se recojan los que el mundo tiene por gusanos despreciados, pero su Majestad por muy queridos. Así dijo David de los que el mundo desprecia: *Esconderéislos, Señor, en lo secreto de vuestro rostro, de las perturbaciones de los hombres y de las contradicciones de las lenguas.* Y no habiendo cosa más descubierta que el rostro, dice el Profeta que habrá allí lugar escondido donde esconda á sus siervos. Así es; porque en aquel rostro del Señor, tan afeado de bofetadas y salivas, tiene encubierta la sobresubstancial y divina hermosura; y ésta la manifiesta á los suyos, á quienes el mundo desprecia, y con ella quedan tan defendidos y guardados, que ningún mal ni perturbación de los hombres, ni de sus lenguas, puede llegar á ellos; porque aunque el Señor pudo ser afrentado y afeado en lo exterior, no lo

pudo ser en lo divino que se encerraba en Él, y allí estaba reservado para los que se abrazan con la humildad de aquel rostro abatido. Por él se entran como humildes gusanillos; sustentanse con su calor y suavidad, quedando fuera los que con soberbia desprecian su imitación.

Entre todos estos trabajos y escarnios, que tanto desfiguraron el rostro del Señor, no quiso estar tan escondido de las almas que dejase de mostrar en medio de ellas los grandes bienes espirituales que de allí podemos sacar si con fe y amor los meditamos. Así lo mostró en San Pedro, el cual, habiendo prometido con gran confianza de sí que antes perdería la vida que negar al Señor, le dijo su Majestad que en aquella misma noche, antes de cantar el gallo dos veces, le negaría tres. Así fué, que en casa de Anás, donde dieron al Señor la primera bofetada, á eso de la media noche, preguntado si era discípulo del Señor, dijo que no le conocía; y cantó el gallo primera vez. En casa de Caifás, estando á la lumbre con los ministros y criados, haciéndole la misma pregunta, negó por dos veces el conocer á Cristo y ser su discípulo, asegurando la negación con juramento y maldiciones que se echaba sobre sí, si tal fuese; y esto cerca de dos horas después de la media noche, al tiempo que los fariseos, príncipes y sacerdotes estaban dando de bofetadas y escupiendo al Señor, que al mismo tiempo se hallaba más empleado en remediar pecados que en sentir lo que padecía; pues conociendo (como Dios que era) el pecado que San Pedro cometa en el zaguán, y en que continuaría hasta la muerte si le faltase su luz y gracia, tuvo misericordia de él y puso sus divinos ojos en lo interior de su alma para que no pasase adelante en negarle, y se perdiese. Con esta luz interior se juntó el cantar el gallo segunda vez, con lo que despertó San Pedro y conoció el mal que había hecho, aborreciéndole; y dejando la mala compañía en que le había negado, salió fuera con humildad, llorando tantas lágrimas, que mereció ser perdonado. Y era razón que la penitencia del que había de ser cabeza de la Iglesia fuese el primer fruto de los trabajos que el Redentor padecía por los pecadores, para que todos estuviesen ciertos, que quien no cerrare los ojos del alma á la luz que de aquellos tan afrentados por nosotros sale, experimentará que los abatimientos del Señor son honra suya; aquellos desprecios, su ensalzamiento; aquellos desamparos de los hombres, su verdadero remedio. Y pues todo lo que quisieron hacer de Cristo sus enemigos fué riquezas y mejoras nuestras, ninguno quiera ser pobre por dureza de corazón, entre tantas abundancias de bienes que se franquean á todos los humildes.

EJERCICIO DE SER ESCUPIDO

¡Sapientísimo conocedor de mis males y remediator de ellos, buen Jesús! Infinitas gracias os doy, porque les ponéis el remedio como los entendéis y padecéis; y yo porque no sé calificarlos, los tengo por pequeños, no los siento cuanto merecen; y porque no veo el mal que me hacen, no solicito el remedio. Vos, eterna sabiduría,

que veis cuán asidos están mis males en mi naturaleza, así como las manchas envejecidas se estregan con otras cosas ¿esperas para que se puedan limpiar, así quisisteis que la cura de mis pecados fuese dolor, abatimiento y desprecio para arrancar el envejecido amor propio que me aparta de Vos. Y ya que tomasteis mis culpas para sanarlas, quisisteis se hiciese en Vos lo que yo merezco que se hiciera en mí. Yo, vida de mi alma, manché en mí vuestra imagen; yo debiera ser purificado con otras cosas más ásperas y más bajas que las que amo contra vuestra ley. Pero Vos, Dios mío, pureza infinita ¿qué tenéis que limpiar que así os humilláis? ¿Hubo en el mundo otra cosa más baja donde os abatiérais que escoger escupiesen en ese sacratísimo rostro? ¡Y que con tantas injurias os deshonren como si fuerais peste del mundo y como á blasfemo, hechicero, engañador y destructor de la república os escupan, mi verdadero bien y mi bienaventuranza! ¿Qué hay en Vos digno de ser desechado? ¿Qué puede fastidiar en vuestra conversación ni en vuestros bienes para que así os escupan? Oh mi Dios, eso lo merezco yo, pero no Vos. No hay deshonra que no corresponda á quien deja vuestros gustos por las torpezas que yo sigo; á quien deja vuestra conversación por las miserias que yo busco, y á quien deja vuestra amistad, vuestros suaves y divinos abrazos, los bienes que prometéis y franqueáis, por las muchas y bajas cosas que yo estimo. Yo soy, Señor, el que merezco que todas las criaturas en mí escupan por asqueroso y miserable pecador, indigno de ser visto y oído. Y Vos, infinita misericordia, me honráis á mí, me libráis de esas afrentas y por mí entregáis vuestro divino rostro y la Majestad de vuestra persona á tan bajas injurias y desprecios.

¡Oh Señor, mídese eso á mí; ó ya que sólo Vos lo recibís, dadme gracia para que interiormente me haga yo á mí lo que veo hacer á ese divino rostrol Enseñad á esa ciega alma á que tenga asco de las corporales torpezas; á que la fastidien sus gustos; que escupa y se aparte de lo que de Vos la retira. Enseñadme á aborrecer una cosa tan baja como yo soy, pues os dejo á Vos, infinita riqueza y soberana bienaventuranza, por cosas tan bajas como amo. No hago esto, Señor, sino porque de mí soy bajo y terreno, y por la culpa más torpe, por tanto no sé amar sino lo que á mí se parece. Vos, Dios de mi alma, pues me criasteis para bienes, criad de nuevo en mí los frutos de esas salivas y escarnios. Para ensalzarme os abatisteis, y para enseñarme el poco aprecio que debo hacer de mí, y en cuán baja estimación debo tener cuanto de Vos me aparta, quisisteis ser reputado por tan bajo, y que en vuestro sacratísimo rostro, como en albañal del mundo, se arrojasen las cosas más asquerosas. Oh duro corazón, que veo y creo esto, y me lo mostráis, y no salgo por esas plazas á que todos conozcan el que soy y me traten como por mí fuisteis tratado; antes bien persevero estimándome, sin suspirar por verme como os veo. ¡Oh bajeza mía reconcentrada en lo íntimo de mi alma! Cuándo me levantaréis, Señor, de tal lodo; cuando me desprendereis de mí, para que me vea y me aborrezca. Enviad,

Señor, vuestra luz y verdad que me alumbren, me guíen, me saquen fuera de mí y me pongan en Vos; porque solo estando ahí, podré empezar á tener miedo y asco de mí. Vos, Señor, que me veis y conocéis, no podéis hacer más que mostrarme en vuestro divino rostro, cómo yo estoy dentro de mí y cómo me debo tratar. Pero ¡ay miserable de mí! que ni me sé conocer, ni librarme de mí. ¡Misericordia, Señor, misericordia, buen Jesús!

Con cuánta verdad dijisteis, Señor, por David, que sois gusano y no hombre; que sois oprobio, y lo más desatendido del pueblo y del mundo; pues no sólo os hicisteis como el gusano despreciado, á quien todos pisan, con quien todos se atreven, á quien ninguno estima y que á pequeños y grandes, malos y buenos, hombres y brutos está sujeto y anda debajo de los pies de toda criatura, como veo que os trata, Rey mío y Señor de la gloria, esta obstinada gente, sino que aún de vuestra sacratísima persona y rostro quisisteis hacer lugar de materia tan asquerosa como son las salivas. ¡Oh tesoro del cielo! ¡Oh Hijo del Eterno Padre! ¿Hallasteis otra cosa más baja á que compararos? Sé que si la hubiera, á ella os abatiérais y os abrazárais con ella. Todo sois así, Dios mío, desde que nacisteis hasta la muerte. Yo cuando mucho me reputo muladar del mundo en la estimación, porque lo soy en lo interior y exterior, y en esto he de venir á parar; y si en esto me mantengo, dicen, parezco humilde. Mas Vos, Dios mío, Soberana é infinita Majestad, que en la reputación no os podéis tener por menos de lo que sois, convertisteis la reputación en obra por medio de las cosas más abatidas á que humildemente os sujetasteis. ¿Qué os daré, Señor, por tanto como por mí hicisteis? Bien sé que no tengo qué daros, mas sé lo que queréis. A mí sólo, Dios mío, me queréis. Pues, vida de mi corazón, ¿por qué no me tomáis? ¿No soy vuestro? ¿Dejadlo, por ventura, de hacer porque soy libre y no me queréis violentar? ¡Oh mal empleada libertad, que no me aprovecho de ella, sino para huir de Vos y perderme!

Pues, Señor, ya que esperáis á que yo me entregue, veismo aquí, buen Jesús, veismo aquí, mi amor, veismo aquí, vida de mi alma. Pasad esos escarnios á mí; tratadme para gloria vuestra á vuestra voluntad, pues hasta aquí me traté según la mía para vuestra deshonra. Veis aquí me ofrezco en esta hora, me ofrezco de corazón, en cuanto puedo, en vuestras manos y á vuestra providencia; haced de mí lo que quisieréis; cortad, castigad, atribulad, abated, levantad como fuereis servido; mi libertad os entrego y sólo os pido, bien mío, que jamás salga de esas vuestras manos sacratísimas. Entreagos de ella por vuestra misericordia, y confirmadme en esta voluntad, y perfeccionadme de manera que desde ahora para siempre fie de Vos, que todo lo que me sucede lo ordenáis Vos como queréis, y eso es lo que me conviene; ni desee otra cosa, ni de aquí adelante huya ni me aparte más de Vos.

Tened, Señor, por bien alumbarme y enseñarme una cosa que mi alma desea saber de Vos; y pues ya os dignasteis ser mi Maes-

tro, ni queréis que aprenda de otro, instruid, Señor, mi rudeza. Ya que los gusanos nacen y se mantienen del estiércol, y quisisteis abatirlos tanto que parecieseis un muladar del mundo, ¿por ventura, Dios mío, queréis enseñarme en eso, que pues yo soy gusano, hechura de vuestras manos, no me mantenga de otra cosa que de Vos? ¿Por ventura como nacisteis en un pesebre entre animales, para que los hombres, que de celestiales se hacen brutos por los deseos y codicias terrenas, se mantuviesen de Vos en los pesebres, así esta alma acostumbrada á muladares y bajezas, se alimentase de Vos humilde y abatido? Persuádome, buen Jesús, que no es otra vuestra intención. Por eso, porque vuestra grandeza no espantase á este miserable gusano acostumbrado á montones de torpezas terrenas, quisisteis que os viese yo abatido y hecho desprecio y asco de la gente, para que me llegase á Vos, y así gustase de Vos abatido, ya que perdí el gusto de vuestra grandeza por mi culpa y miseria. ¡Oh verdadero amigo, y remediator de mi alma, que así os acomodáis á todo lo que yo soy y necesito!

Vinisteis á mí, porque yo no podía ir á Vos. Ya pagasteis y satisficisteis en Vos por mis males, porque yo no podía satisfacer. Ya hicisteis de Vos mil manjares para que yo gustase de Vos en cualquiera manera. Ahora, para que nada os quedase por hacer, viéndome tan amigo de las bajezas terrenas, os hicisteis lodo, para que ahí me cebe, para que ahí me resuelva, ahí me mantenga, os coma y os posea. ¡Y que siendo esto verdad, no me deshago todo en vuestro amor, no me llego y no me estrecho en Vos, no me abrazo y ardo en vuestro desol! Cumplisteis, Señor, lo que dijisteis por Isaías, que nos daríais un pan muy apretado y un agua muy tasada, que por poca parecerá charco sin corriente; y que con este mantenimiento verían siempre nuestros ojos á nuestro verdadero Maestro, y nuestros oídos oírían la suave voz del que anda siempre junto á nosotros, llamándonos y enseñándonos. Este sois Vos, mi Señor. ¿Cuánto más mantiene esta vuestra bajeza y vuestra suave agua, que en este abatimiento parece lodo encharcado, que todo cuánto puedo tener fuera de Vos? Pan cocido en ceniza era el que comió Elías; pero con su virtud y fortaleza anduvo cuarenta días hasta el monte donde vió al Señor. Aquí, Dios mío, está vuestra hermosura escondida en esta fea ceniza; aquí vuestra grandeza en este abatimiento; aquí vuestra Majestad en este desprecio; aquí toda vuestra gloria en esta humillación.

Pueden las salivas, injurias y escarnios, encubrirlos; mas no os pueden disminuir, ni deshacer. Aquí os adoro, mi Dios, mi gran Señor, mi Rey, mi hermoso, suave, dulce y gustoso mantenimiento. ¡Oh, cuándo os comerá esta alma! ¡Cuándo de sólo Vos gustará y se mantendrá! Vos sois el verdadero árbol de la sabiduría, cuyo mantenimiento da todo conocimiento y luz. Vos sois el verdadero árbol de la vida, que restauráis todo lo gastado y perdido. Más sustenta lo que en Vos parece podrido, que lo que en el mundo y carne parece sano y perfecto. Vuestra tosca corteza, la seca cáscara y la en-

cogida hoja, tiene suavísimos olores, y da frutos sabrosísimos que la vana flor y falsa frescura del mundo no conoce. ¿Cuándo me llevaréis todo en pos de vuestro olor y sabor? Mídase el alimento de la tierra en la substancia de quien le come; mas si mi alma gustare de Vos, en Vos me mudaré todo. ¡Oh, cuándo llegará esta mudanza! Hacedme, Señor, abrazar esos vuestros escarnios, esos abatimientos; que los imite, me desprecie por Vos, me aborrezca y estime por lo bajo que soy, y que por tal quiera ser conocido y tratado de los demás. Y si Vos así no lo ordenareis, concededme que en el aprecio interior me tenga verdaderamente en esta reputación, pues aquí estáis escondido y aquí os hallará el que os busque, verdadera gloria, honra y amor de las almas.

¡Oh Reina de los ángeles, sierva humildísima de este Señor, que por experiencia sabéis cuánto tiene de El, quien por El se humilla! A Vos escogió para sí cuando quiso hacerse gusano, porque os halló verdaderamente humilde y baja en vuestra estimación; Vos, Señora, á quien tan altas y soberanas mercedes no pudieron apartar de la poca reputación en que os teníais y que más que todos conocisteis á este Señor encubierto en sus abatimientos, acordaos de este pecador, pues para nosotros, y no sólo para Vos, recibisteis esos copiosos bienes. Valed en esta hora á este pecador; levantadme del lodo de mis culpas; abatidme de la soberbia de mis vanidades; prendedme á los pies de este Señor; alcanzadme su luz, para que siempre me conozca; gracia y fortaleza, para que siempre le imite; estimación de su humildad, para que á El me parezca; y suplid Vos todo lo que á mí me falta. ¡Oh, ángel de mi guarda! ¡Oh, todos los espíritus bienaventurados, que os mantenéis de la majestad y grandeza del rostro de este Señor ya descubiertos! ¡Oh, ciudadanos de la gloria eterna, que fuisteis pecadores y por experiencia gozáis de los frutos de estas verdades, y que por este camino é imitación del abatimiento de este Señor, estáis tan ricos y tan llenos de El! Compadeceos de este miserable, que no merezco ser oído sin vuestra intercesión. Ayudadme y alcanzadme que persevere hasta la muerte en estos deseos que ahora me da de imitarle, y un ascua del fuego que os abraza y os tiene del todo transformados en El, para que me convierta todo á la voluntad de este Señor. Amén.

TRABAJO XXXIII

De la cárcel.

ENSADOS, pero no satisfechos, los príncipes del pueblo, sacerdotes, letrados y fariseos de afrentar y atormentar al Señor con falsos testimonios, bofetadas, salivas y otras muchas invenciones é injurias en que habían gastado parte de la noche, determinaron recogerse á sus casas y dejar al Señor asegurado, para volver á juntarse por la mañana con nuevos ardides y afrentas, disponiendo cómo acusarle ante Pilatos para que fuese crucificado. Creble es,

que en lo que restaba de la noche no dejaría la malicia reposar á los enemigos del Señor, y que toda se la haría gastar en la presa que dejaban en casa de Caifás, pensando en que no se les escapase de las manos y discuriendo nuevos modos de satisfacer el odio mortal que le tenían; porque así como la malicia nunca se da por vencida (según dice el Crisóstomo) aunque se vea convencida de la razón y verdad, así, por cansada que se vea, no se da por satisfecha hasta lograr todo el mal que desea. Y el corazón humano determinado al mal y desamparado de la gracia, tiene alguna semejanza con el fuego del infierno, que por más que atormentar y abrase, no sabe decir basta. Por lo cual, no sólo tenían aquellos infelices perdida la compasión (natural al corazón humano) de cuán maltratado dejaban al Señor; sino que viendo un principio tan deseado de la furia y malicia de su odio, se hallaban con más vivo cuidado de los males que les restaban por hacer al Señor, y les parecía que la noche era larga.

Serían dos horas después de media noche cuando se recogieron á sus casas, porque á la media noche estuvo el Señor en casa de Anás, donde San Pedro le negó y el gallo cantó la primera vez; en casa de Cayfás, donde luego le llevaron, se gastaron dos horas en falsos testimonios y afrentas, hasta que el gallo cantó segunda vez después de la tercera negación de San Pedro, y alumbrado con la gracia salió de aquella casa á hacer penitencia, retirándose de aquella perversa compañía á reconocer su malicia, quedando el Señor puesto en buena guarda hasta por la mañana. Y como los enemigos estaban muy asegurados en la falsa y blasfema opinión de que era un hechicero, no se fiaban de ninguna guarda. Por tanto, lo encerraron, ó en cárcel que en la casa habría (como solía suceder en las de los principales ministros de justicia), ó en algún aposento seguro y de resguardo. No fiaron de El dejarle suelto y solo, sino con las manos atadas atrás, sogá á la garganta y preso á alguna parte bien segura, le entregaron á la compañía de los alguaciles y gente que le había preso para que le guardasen y estuviesen en centinela hasta por la mañana, que entonces empezaba á las seis (que llamaban hora de *prima*). Aunque las horas eran pocas, fueron tantos los trabajos y afrentas del Señor, que excedieron al trabajo del largo tiempo de otros encarcelados, porque el sitio debía de ser el más pequeño y sucio de toda la casa; el modo, de estar atado y preso sin ningún alivio; el lugar tal, que ni tuviese donde recostar la cabeza. Y como el inocente Cordero estaba desvelado de la noche, y quebrantado de la grandísima tristeza y agonía que padeció en el huerto, y más por los muchos golpes, bofetadas y afrentas que pasó en su prisión, en el camino y en casa de los jueces, fueron aquellas pocas horas para su sacratísimo cuerpo (tan necesitado de algún refrigerio y descanso) de inmensísimo trabajo, quebranto, alicción y tormento.

Además de esto, aquella perversa é inhumana compañía de alguaciles y gente que le guardaba, como tenían encomendado que

le guardasen bien, gastarían todas aquellas horas, por divertir la vigilia, en afrentar y atormentar al Señor; porque por una parte los atizaba el demonio, por ver si podía quebrantar la paciencia del Cordero, que aún no conocía de cierto como Hijo de Dios, y le tenía admirado verle tan invencible; y por otra parte aquel género de gente era tal, que en semejantes casos ningún atrevimiento perdona. Por lo cual bien se puede pensar que no dejarían de inventar ningún género de juegos y burlas para atormentar y escarnecer al Señor con fiestas, saltos, vayas, palabras desconcertadísimas, despropósitos necios é injurias afrentosísimas. No faltarían allí nuevamente bofetadas, salivas, pescozones y renovar las afrentas que le habían hecho, volviéndole á echar en cara cuanto levantaron contra El, acrecentando nuevas invenciones de injurias, á que ayudaba el saber cuánto gusto daban en ello á los enemigos del Señor, que se le encomendaron; y cada uno se esmeraría en nuevos artificios de escarnios para tener luego qué contar con festejo á los príncipes, sacerdotes y fariseos, á quienes deseaban contentar.

También se puede pensar que, como suele suceder en casas grandes (cual era la del sumo sacerdote, y en casos tan nuevos, que dan mucho que hablar á la gente, como fué la prisión del Señor), recogidos sus enemigos y despejada más la casa, las mujeres, niños, cocineros y gente baja de ella, toda iría á ver á Cristo con espanto y maravilla; pues como iban preocupados de aquella falsa opinión de estar ya descubiertas sus hechicerías, y se hallaba profetizado que no había de tener consolador en su Pasión, ni entrañas que se compadeciesen de El, en lugar de decirle palabras de consuelo, como se hace con los afligidos, cada uno le escupiría y le movería la cabeza por burla, llamándole traidor, engañador y hechicero, con grande admiración de cómo traía engañada á la gente, pasmándose de cómo podía hacer tantos milagros, y le hechuraban en rostro sus divinas obras como hechas por arte del demonio, con otros muchos escarnios que oía el inocente Cordero que aligian su purísimo Corazón y afrentaban aquella divina persona, digna de toda adoración. En fin, lo que allí padeció el Señor fué tanto, que algunos Santos lo reputan por uno de sus mayores trabajos, y dicen que los Santos Evangelistas lo pasaron en silencio, como otras muchas cosas que de suyo se podían entender, para dejarlo á la consideración de la fe y del amor; pero que el día del juicio se descubrirá, y no parecerá menos lo que callaron que lo que escribieron, y veremos que de aquel piélago sin fondo de amor no podía salir menos que otro piélago inmenso de trabajos, que ni la pluma ni la lengua pueden declarar. Basta que la Sagrada Escritura lo compare á una tempestad de mar alta sin fondo, en que el Señor se anegó, pero no pereció.

Entre todas estas afrentas estaba el Redentor callado, oyendo, sufriendo y disponiéndose para padecer mucho más; porque por grandes que sean las fuerzas de la malicia para hacer mal, mucho mayores son las del amor para padecer por el amado, y como ama-

ba con amor infinito á todos los hombres y á los mismos que le atormentaban, al tiempo que los enemigos recogidos en sus casas se desvelaban en inventar modos con que satisfacer su odio, y los que le guardaban se refinaban en modos de abatirle y afrentarle, estaba el Corazón de Jesús cebando su amor en lo que padecía, é inflamándose en deseo de padecer mucho más. No había cosa que pudiese perturbar su ánimo; mas así daba licencia á sus miembros para sentir, que su espíritu quedaba quietísimo, haciendo el oficio de Salvador del mundo con toda eficacia y entereza delante del Padre Eterno, con fervorósísimas peticiones y liberalísimas ofertas de cuanto padecía por remedio de los pecadores. Y como esas tres ó cuatro horas antes de amanecer son las más propias para la oración, y de que más usan los siervos de Dios, después de haber dado algún descanso al cuerpo, tienen una singular compañía en el Señor; porque padeciendo, por una parte, el desvelo de la noche y los incomparables trabajos que le daban sus enemigos, por otra se estaba bañando en lágrimas, mal entendidas de los que le veían, y todo arrebatado en abrasadísimos excesos de oración y amor por todos los que tomó á su cuenta para redimirlos; y como ninguno se puede eximir de este número, cada uno tiene en El compañero de que se ayude, mercedes inmensas que agradezca, dolores que le ayuden á sentir, luego de amor que se inflame y frutos que recoja de su divino espíritu. Además de esto, un Corazón tan leal y tan amigo que se dignó pasar sus trabajos sin tener quien le consolase y se compadeciese, no está ahora cerrado para la compasión de los espíritus devotos, y del consuelo que el amor del alma le quisiere dar, antes bien lo recibirá y satisfará como si se lo diera en la hora en que padecía sus trabajos.

En esta interior ocupación que el Señor tuvo con fervorósísima oración, en cuanto padeció en el día de su sacratísima Pasión, enseña á los atribulados hijos de Adán, que viven en continuos trabajos de esta vida, el sitio dónde han de hallar y cual ha de ser el cierto y verdadero alivio, que es en Dios y por la oración; porque dos cosas nos hacen pesados, incurrables é insufribles los trabajos de esta vida, y son: no reconocer la mano de donde proceden, según el peso y medida que á cada uno corresponde, y recurrir tarde al verdadero remedio, que es el mismo Dios, de quien provienen. Toda ó la mayor parte de la ocupación de la vida es huir trabajos y buscar el descanso; mas como la tierra es destierro del cielo, son tantos los enemigos, tantas las miserias de la naturaleza, tantos los males que la cercan, que es imposible huir de lo que tanto nos sigue, como son los trabajos, ni llegar á lo que tanto huye de nosotros, como es el descanso en esta vida. Y la más de la gente que vive descuidada del trato con Dios, al verse cansada de lo que forzosamente ha de padecer, no sabe mirar al autor de donde todo procede; y, ó atribuye los trabajos á la desgracia y desdicha suya, ó se queja de los hombres y de los desastres, ó procura evitárlas por cosas mucho más trabajosas, ó se está deshaciendo en

rabia, atribuyendo el suceso á una ú otra cosa de que por más que hace no se puede librar; y así, á cada paso va cayendo en trabajos más incurrables y disgustos que hacen la vida más pesada.

Los medios que regularmente se toman para alivio, son pasatiempos, ó pérdida del tiempo, que para vivir siempre parece corto, y para granjear el cielo es importantísimo. Y por nuestra desventura, enlazamos el tiempo y los trabajos con cosas que hacen peligrosísima la hora de la muerte, y no aseguran más que dolores entranables de los gustos conque procuramos aliviar los trabajos. Los que tratan con Dios y meditan la vida del Redentor del mundo para aprender de ella lo que les conviene, se persuaden con certeza de fe que la mano de Dios los tiene presos en la tierra del trabajo para merecer el cielo; y en sintiendo la aflicción y trabajo, de cualquiera parte que venga, luego adoran la paternal mano del Señor que así lo ordena, y se fian de la bondad de amor con que todo lo hace; y con las mismas impacencias y flaquezas de la naturaleza van á besar la mano que los castiga, reconociendo que ella dispone todo aquello, aunque sean cosas inventadas y nacidas de la malicia humana; porque saben que el humano corazón, inventor de las malicias contra el prójimo, no tiene jurisdicción para llegar á ellos sino cuando Dios abre la puerta al trabajo para el aprovechamiento de la criatura: y aun esto es con tal cautela, que no pueden llegar sino al exterior, porque el interior, donde está la libertad, sólo es reservado para Dios.

Con esta le segura se ofrece el siervo de Dios en medio de sus trabajos al Señor, con El negocia, á El levanta su corazón con amor puro y leal sujeción. Y porque de la mano de Dios lo recibe todo, á El se va con ello por fervorosa y pura oración; los trabajos por donde los descuidados se pierden, le sirven á éste de camino cierto para Dios, de mortificación de las demasías, gustos y vanidades del cuerpo, de minas de merecimientos, de compañía de Cristo atribulado y de ocasión de andar siempre junto á El, en solo lo cual está la verdadera consolación; y así, fastidiados de la vida, deseosos del cielo, solícitos de contentar á Dios, ellos solos tienen el consuelo que en la vida se puede tener, como víspera y principio de la que poseerán para siempre. Esta materia es de la que más largamente se trata en la Sagrada Escritura y en las doctrinas y vidas de los Santos, por lo que me contentaré con una sola prueba que la experiencia tiene bien calificada; y es: que se coteje el olvidado de Dios y amigo de sí, con el amigo de Dios y olvidado de sí, y puesto en sus manos por amor, en los trabajos y en las consolaciones, en los gustos y disgustos que en esta vida tienen, y en quien se halle ventaja, ese se tenga por acertado; y el que en los trabajos, por mayores que sean, hallare en sí mayores consolaciones del alma, téngase por cierto que halló el verdadero camino del seguro descanso que se puede tener en esta vida.

EJERCICIO DE LA CÁRCEL, QUE EL SEÑOR PADECÍÓ

¿Dónde os ponen, mi Señor, sin estar ahí este vuestro pecador? ¿Dónde os prenden, dejándome á mí suelto? ¿Qué es esto, Señor? ¿Vos con prisiones, amarrado con sogas al cuello y á los pies? ¿No sois Vos, mi buen Jesús, el fuerte y el invencible? ¿No sois Vos de quien David se gloriaba de servir á un Señor que soltaba los presos y los atados? ¿No sois Vos á quien los judíos quisieron varias veces apedrear y prender, y no pudieron? Pues, Señor mío, fortaleza de mi corazón ¿habéis ya enflaquecido? ¿Por ventura está vuestra fortaleza, como la de Sansón, en los cabellos? ¿O cómo os pudieron encarcelar estos malvados y teneros aquí preso? ¡Oh verdadero amador de las almas, á quien sólo el amor puede prender, detener y encarcelar, que así os entregáis á todo por mi amor y remedio! Adoro y alabo ese eterno amor que me tenéis. Adroos por lo incansable que estáis para sufrirlo todo por mí, y no descansar hasta que consuméis todas las obras por donde determináis redimirme. ¿No tomaréis siquiera estas pocas horas de reposo hasta la mañana, para descansar de los trabajos que habéis pasado esta noche y poder llevar los que habéis de pasar en este día? Los trabajadores, los animales, las aves, los caminantes, tienen la noche para descansar; ¿y en Vos se ha de gastar en tantas bofetadas, golpes y afrentas como aquí estáis pasando? Trocad, Señor, mandad prenderme á mí y descansad Vos.

Mas ya que no lo queréis, y aquí os tengo preso, poned, Señor, antes que de aquí os lleven, vuestros piadosos ojos sobre mí; mirad mi corazón, que por Vos suspira y clama por Vos. Mirad mis necesidades y valedme en ellas; dadme espíritu para acompañaros, sentir vuestros dolores é imitar vuestros ejemplos y virtudes. Los que roban, no descansan de noche por conseguir lo que desean; mas Vos, mi buen Jesús, ¿qué necesidad tenéis de la noche, para no descansar en ella hasta que tengáis consumadas vuestras obras? Si queréis, vida de mi alma, ser centinela continua de mi corazón para ver si halláis hora en que robarle, no os desveléis, bien mío; veisme aquí, sacadme del poder de los pecados que me dominan, prendedme ahí con Vos, y descansad. Reclinad esa cabeza en este corazón, y reposad; oid las voces que os dan mis necesidades, y el deseo de mi corazón para que no sintáis tanto las injurias que de la boca de esos malvados oís. No atendéis, Señor, á esas blasfemias, sino á la fe que en este corazón habéis plantado, con la cual, y con cuanto amor puedo, os adoro por mi verdadero Dios, mi Pacificador, mi único Maestro y mi poderoso Salvador. Olvidaos de los trabajos que esas sogas os dan, pues con ellas me podéis soltar de mis vicios, como ardientemente deseáis. No os acordéis de la deshumanidad y crueldad de esos corazones, en que no halláis compasión de los trabajos que os ven pasar; volved los ojos á este vuestro pecador, que Vos con vuestra fe slumbrasteis, y en esta hora

desea consolaros, tomar sobre sí vuestros trabajos y agasajaros dentro de sus entrañas.

Descansad, Señor, en esta alma que Vos encendéis en vuestro amor; y aunque la casa es para Vos tan miserable como veis, con todo eso á solo Vos desea por Señor y por su perpetuo morador. Entrad y descansad en este corazón las horas que tenéis de prisión; y aunque no lo merezco, son las horas pocas, y mejor que esos perversos os conozco por mi verdadero, único y soberano bien. En estas pocas horas me podéis cautivar de vuestro amor, y llevarme preso con Vos, para ayudaros á pasar los trabajos que restan. ¡Oh mi buen Jesús, ni aun sé decir lo que deseo en esta hora; Vos lo sabéis, y pues plantáis en mí estos deseos, hartados como podéis; aproveche en mí la virtud de esta cárcel y prisiones, de estas injurias que sufrís, y de ese amor en que por mí ardéis, y con que todo lo padecéis; y aunque yo á todo he dado causa, mostrad en mí cuánto más poderosa es vuestra misericordia, que mi culpa.

No dudo, mi verdadera salud, de la fuerza y amor que me tenéis, ni de la grandeza de vuestra misericordia con que deseáis perdonarme y recibirme á vuestro amor; pero desconfío de mí, y que la costumbre de pecar me aparte de Vos, y me haga desmerecer vuestras mercedes. Pero pues nos dejasteis por remedio el dolor y el arrepentimiento, os pido, mi buen Jesús, por esas prisiones, que os olvidéis del trabajo que os da esa perversa gente, y antes que salgáis de aquí oigáis mi confesión, que como pecador os ofrezco. Perdonad, Señor de mi alma, la causa que he dado de que estéis aquí cerrado y preso, pues sé que mis pecados os tienen aquí atado y maltratado. Tened, Señor, piedad de la disolución de mis pensamientos; atados á Vos para que no vaguen por las cosas tan perdidas que los arrastran. Acúsome á Vos, mi Redentor, de la soltura de esta lengua, tan ligera para todo lo que hace mal á mi alma. Acúsome á Vos, único remedador mío, de la disolución de mis sentidos, que tan lejos apartan de Vos mi corazón. Acúsome, mi verdadero Salvador, de la frialdad del amor que os debo, del gran descuido de este corazón que para Vos escogisteis, de la libertad de esta voluntad tan distraída á las aficiones contrarias á vuestra ley y servicio. Acúsome de todo lo interior y exterior, porque de todo lo que me disteis, con la libertad del albedrío en que me pusisteis, usé mal, y cuán mal! ¡Cuán contra vos! Tened, Señor, misericordia de mí.

Mandad á esos ministros que me prendan, pues veis que en libertad me pierdo. ¡Oh, quién nunca se viera libre para el mal! ¡Oh, quién antes se viera libre para el mal! ¡Oh, quién antes se viera por Vos preso, que libre apartado de Vos! Ya que la soltura de mi libertad y vicios os trajeron á tantos trabajos, concededme que os acompañe en ellos. Desde ahora, esperanza mía, os entrego mi libertad; vuestra es, pues me la disteis: merezco perderla, pues usé mal de ella; y ya que no me la quitáis, razón es que yo os la vuelva, pues es dádiva vuestra. Aquí os la entrego, mi Dios, recibidla con misericordia. To-

madra, buen Jesús, y no me dejéis que use en adelante mal de ella. No me la volváis aunque os la pida, ni la fiéis de mí; pues veis cuán traidor soy con ella. Vos, buen Jesús, que sois el camino, la verdad y la vida, hablad por mi boca, ved por mis ojos, oíd por mis oídos, moved todos mis sentidos á vuestra voluntad, elevad á vos mis pensamientos, sentaos en mi corazón, cautivadme según vuestro gusto, haced de mí todo cuanto quisieréis. Aquí me arrojo, Señor, á vuestros pies, cual otra Magdalena; beso con todo mi corazón esas prisiones, adoro estas injurias que estáis aquí sufriendo para mi remedio. Oh, si me prendieseis con las cuerdas de vuestro amor, y con ellas os tuviese preso conmigo! Oh, si oyesen los oídos de mi alma la voz de vuestra boca suavísima, que ahí veo tan callada, y me dijeseis (como á la Magdalena), que mis pecados son perdonados por haber amado mucho! ¡Oh, cuándo llegará esta hora! ¡Cuán fácil os será, mi buen Jesús, el mostrármela!

No calléis, Señor, para mi alma aunque estáis callado á cuanto os hacen; no guardéis silencio con este corazón que os desea; decid, Señor, una palabra con que me prendáis en Vos; decid á este corazón: *Yo soy tu salud*. Bien creo que lo sois, esperanza mía, mas deseo que sienta mi interior que lo decís, porque tu secreta voz es suave, penetrará lo íntimo de este corazón, y llevará presas á Vos las fuerzas de mi alma. Es verdad que nuestro callar y padecer habla y condena mis males, y alienta mi deseo para Vos. Pero, divina palabra, y quede presa de la divina palabra, hablad Vos por adentro; siéntaos y entiendaos esta alma, y quede presa de la suavidad, luz y verdad de vuestra voz. Acordaos, Señor, que dijisteis por el Profeta Oseas, que nos habíais de llevar á Vos con los cordales de Adán, y los lazos serían de amor. Aquí estáis ahora con las sogas de Adán; esa humanidad sacratísima, esas bofetadas, esas injurias, yerros y prisiones, esos pecados de Adán, de sus hijos, y niños, que sobre Vos tomasteis, y estáis pagando y satisfaciendo en esas prisiones, cuerdas de Adán son. Pues, amor de mi alma, ¿dónde están los nudos de caridad? ¿Cómo ando yo fuera de esas prisiones? ¿Cómo ando libre por cuantos males quiero? ¿Quién enredó esas sogas, que no llegan á mí, ni me prenden? Alargad, Señor, las sogas de ese amor, y haced que lleguen á mí, y me prendan á Vos; atadme con sus lazos y nudos, y llevadme con ellas tras de Vos, sin que jamás me aparte. Hacedme sentir y estimar vuestros dolores, y que siga vuestros pasos; no queráis sufrir de balde por mí tantos trabajos, y para lo que yo no merezco, poned Vos por delante esas sogas, prisiones y amor con que las sufrís, y deseáis mi salvación.

¡Oh, si me hicieseis digno de entender la ocupación de ese corazón en estas horas en que os veis preso, y tan mal os tratan los que os guardan! Esos infelices emplean todos sus sentidos y deseos en atormentaros y afrentaros, y Vos, esperanza de mi alma, entregáis el cuerpo y sentidos al trabajo, y ocupáis el alma y sentido interior en cosas divinas y soberanas, para remedio de esos mismos

atormentadores y de todo el género humano, y para esforzar vuestra sagrada Humanidad para que pueda sobrellevar todos los tormentos que la restan. ¡Oh mi Dios y mi Señor: con cuánta verdad dijisteis que en Vos hallarán refrigerio cuantos á Vos se acojan! Nunca me va mal en llegándome á Vos; nunca, sin Vos, me fué bien. Si mi interior se olvida de Dios, cualquier trabajo pequeño me sofoca; y si á Vos me refugio, no me espantan los trabajos por grandes que sean. ¿Cómo puede mi flaqueza ser fuerte sin Vos, mi divina fortaleza? Por eso me canso, Dios mío, por eso me desconuelo en los trabajos, porque quiero remediarnos sin Vos, y no os busco sino después de verme ahogado con ellos. Con Vos toda aspereza es suave, todo trabajo leve, toda aflicción alegre; porque con vuestra presencia alumbráis nuestras tinieblas y enriquecéis nuestras brezas. Enseñadme, Señor, á que me vaya á Vos en todos mis sucesos, á que me fie de Vos, á pasar con Vos todos mis trabajos, á que no me espante ni tenga miedo de nada en estando en vuestra compañía, y pues en el cuidado que de mí tenéis, nunca dormís, enseñadme á que en medio de todas las perturbaciones de esta vida, traiga siempre mi corazón puesto en Vos y no quiera otra consolación sino la vuestra; pues Vos sois mi verdadero consolador y sólo Vos sabéis mis necesidades y las podéis remediar.

¡Oh Virgen sacratísima, Madre de Dios, amparo de los que á Vos se llegan! Presentad mis necesidades á los ojos de este Señor, y pues la sultura de este corazón es la raíz de todos los males, alcanzadme las prisiones de su amor y los nudos de la caridad que me lleven siempre á El y en pos de El. ¡Oh corte celestial, tan segura y exenta de los trabajos de esta vida, tan presa y tan abrasada del amor de este Señor! Acordaos de los desterrados hijos de Eva; llevad allá este corazón, para que de esa compañía traiga el fuego en que ardéis. Amén.

TRABAJO XXXIV

Ser llevado por las calles de Jerusalén afrontosamente,

ROMPIENDO la mañana del viernes (día que había de ser para el Señor trabajosísimo, para sus enemigos de mucho gusto y para el género humano de todo su remedio) recibí cada uno su primera luz con bien diferentes pensamientos; porque Cristo nuestro Señor, que había de padecer mucho, tuvo aquella mañana por la más hermosa de cuantas el sol alumbró, pues entraba el día en que el amor, que siempre en El ardía, había de acabar de darse á conocer por demostraciones perfectísimas en las divinas obras con que el linaje humano había de ser redimido; y como esperaba este día para soltar la fuerza del amor que trajo represso treinta y tres años (aunque había de ser á costa de su sagrada humanidad), no tuvo en ellos otro más alegre para su espíritu; pues en éste había de gozar sus victorias, juntar el cielo con la tierra, sujetar á sí todos

los corazones de los escogidos, redimir todos los pecadores y dar á todo el género humano escala franca para todos sus eternos é infinitos tesoros.

Vió el mundo este su bienaventurado día, tan ciego y tan ignorante de los bienes que en él había de recibir, que ni le supo conocer ni desear: tal y tan perdido estaba. Los enemigos del Señor, que toda la noche estuvieron ardiendo en malicia, y se hallaban dejados de la mano de Dios para ser ministros del demonio en los males que contra Cristo meditaban, y habían de ser ejecutores (sin entenderlo ellos) de cuanto el Señor deseaba padecer, no perdieron hora ni momento del día tan deseado en que pensaban satisfacer el odio que al Señor tenían, y seguir contra Él la victoria de su malicia, que empezaban á lograr, aunque para su total perdición y mayor gloria de Cristo. Así, en viendo la luz de la mañana (entre las cinco y las seis), sin ser llamados, porque el odio en que ardían los despertaba, se juntaron, como tenían tratado, en casa de Caifás donde dejaron preso al Redentor, y abriendo su consejo para poner en orden la muerte, que en aquel día querían dar al Señor, resolvieron los puntos de que le habían de acusar sin dar lugar á ninguna razón ni juicio en contrario; y que aunque el Señor se quisiese defender, lo impidiesen con porfías, ruido y alboroto, ya que no pudiesen de otro modo; y que para esto no fiaron el negocio á nadie, sino que ellos por sí mismos le siguieron, pues como príncipes de la tierra, sacerdotes, letrados, y con la opinión de fariseos santos, y por ser muchos, sofocarían la justicia y lograrían cuanto quisiesen.

Determinaron además de esto, que fuese con presteza, antes que el juez Pilatos entrase en otros negocios, y antes que el pueblo se alborotase, á fin de que no hubiese tiempo de dividirse en pareceres, y no hubiera quien se quisiese interponer por el Señor, como ellos recelaban. Propúsose en aquel diabólico consejo la fresca memoria de que seis días antes había el Señor entrado en Jerusalén, recibiendo todo el pueblo con celestiales alabanzas y cánticos, con ramos y festejos, venerado como enviado de Dios para salud del mundo, y que esto se hizo públicamente contra sus leyes, pues tenían prohibido que ninguno honrase á Cristo ni le siguiese, so pena de ser excomulgado y echado fuera de la sinagoga; cuyo pregón había sido tan inútil, que nunca recibió del pueblo el Señor una tan grande, tan general y tan pública honra, como después de ser aquel bando publicado. Por tanto, resolvieron que fuese llevado por las calles con gran ruido y tropel de afrentas, para que la afición que el pueblo mostraba al Señor se convirtiese en odio, y aquella fresca honra en vituperio.

Dado el orden para todo esto, mandaron traer ante sí al Redentor, y como ya no había en sus bocas el sacratísimo y suavísimo nombre de Jesús, no se oían allí más nombres, sino que venga ese maldito, ese engañador, ese hechicero; y puesto ya en su presencia, aunque mostraba bien el trabajo con que había pasado

aquella noche, en lugar de compadecerse, le preguntarian por escarnio que cómo le iba; si quería hacer algunos milagros; que hoy se vería la verdad de quién era y cuán engañada traía á la gente; y, sobre todo, para cubrirse con pretexto de santidad, alegarían la bondad de Dios, que aclara todas las cosas, y, tarde ó temprano, da á cada uno el galardón que merece (frases que molestaban mucho á Cristo). Con estas y otras muchas afrentas le injuriaron y entregaron á los alguaciles y gente armada que tenían prevenida, tornándole las manos atadas y sogá á la garganta, dando órdenes muy estrechas, que no dejasen llegar á El persona alguna, ni hablarle, aunque les costase las vidas, y que le llevasen con cuanta afrenta pudiesen.

Con esta determinación le sacaron de casa de Caifás con gran ruido y gritaría, llevándole entre sí los ministros, y acompañándolos los príncipes, sacerdotes, letrados y fariseos de aquel consejo, para autorizar la causa y afrentar más al Señor. Y como resolvieron torcer los corazones de todos los amigos del Señor (de quienes la ciudad estaba llena), no escasearon los empujones, puñadas, bofetadas y cuanto pudiese desacreditar aquella divina persona. El demonio, que reinaba en aquellos perversos corazones, deseoso de soltarse en todo género de injurias, les hacía arrojar por aquellas envenenadas bocas tantas blasfemias, vilipendios y tan diabólicas invenciones de afrentas, cual nadie podrá individualizar ni imaginar. Si el Señor, con la prisa que le llevaban, tropezaba ó caía, le hacían levantar á cocios y empujones, con mil nombres injuriosos y maldiciones, tratándole como á la más vil, profana y malvada persona que en el mundo pudiera haber; y cuanto su modestia y el crédito de la virtud que tenía, le mostraba más digno de toda honra y respeto, tanto más profano, descortés y vil era el tratamiento con que le llevaban. Al estruendo y alboroto de la gente corrió la voz y acudió todo el pueblo, que era mucho, á ver un tan nuevo, tan inopinado y tan horrible caso.

Cuanto el pueblo más se juntaba, más crecían las afrentas del Señor; porque como sucede en grandes pueblos, los gritos de los rapaces (que siempre festejan semejantes tumultos) parecía que hundían el aire; el alboroto de la gente menuda era extremado; las puertas y ventanas se llenaban de gente; los espantos y admiraciones, los juicios y porfías y todo lo demás era de calidad, que todo se transformó contra el Señor, y cada uno, á cual más podía, le afrentaba é injuriaba con blasfemias y palabras llenas de todo vilipendio. Iba el Señor con el rostro hinchado por las bofetadas, afeado por las salivas, desvelado, trasojado, y tan diferente de su natural hermosura, que se echaba bien de ver la grandísima pena y tormento que le daba este inmenso trabajo; mas iba con todo eso tan callado, tan sufrido y sujeto á cuanto le hacían, que podía el pueblo imaginar no poder menos de ser culpado y merecedor de cuantas afrentas le hacían.

Esta repentina y espantosa mudanza se hacía más vergonzosa

en el Señor, por ser llevado por las mismas calles en que los tres años antecedentes anduro ahogado de la gente que le seguía, en que hizo tantos milagros y donde no habría casa sin algún curado por su mano. La memoria de estos milagros, el recuerdo de la doctrina que á todos enseñaba y el ejemplo santísimo de su vida, servían ahora, no para juzgar injusto cuanto se hacía contra El, sino de causas para tenerle por engañador, hipócrita, hechicero y echarle todo esto en cara para más infamia y vilipendio. Los más de los amigos se le convirtieron en enemigos: el pueblo, lleno de beneficios, en perseguidor; sus virtudes y maravillas, torcidas en la opinión de la gente á materia de mayor deshonra. El trabajo que el conjunto de estas cosas dió al Señor, es tan imposible entenderlo ni alcanzarlo, como imposible que ninguno llegue á sufrirlo, pues á todos falta el infinito amor que á El le dió fuerzas, por cuya medida cargó sobre sí tanto peso de cosas trabajosas.

Cuatro caminos hizo el Señor en la mañana de aquel viernes, cercado de todas estas afrontas: de casa de Caifás á la de Pilatos; de ésta á la de Herodes; de la de Herodes á la de Pilatos, y de ésta, con la cruz á cuestas, hasta el monte Calvario, fuera de lo que había andado por la noche desde el Huerto hasta casa de Anás, y de allí á la de Caifás; que son seis devotísimos pasos, que sus amadores pueden andar en compañía de este pacientísimo Señor, ayudándole á sentir sus trabajos, notando sus santísimos ejemplos, imitando sus perfectísimos pasos y recibiendo los incomprensibles beneficios que por ellos nos iba mereciendo. Y quien no tuviere espíritu para tanto, coteje á lo menos sus malos pasos por donde se pierde, con aquellos por donde este Señor nos redimió; y pida con humildad misericordia, para que por virtud de estos pasos mude la mala vida en su servicio.

Dió el Señor, en todos estos pasos, admirables ejemplos de virtudes, especialmente de paciencia y humildad; porque en el primero se entregó voluntariamente por obediencia de su Padre Eterno á cuanto dispuso padeciéndose, y se dejó prender y llevar como ladrón y malhechor. En el segundo se entregó á los malos jueces y enemigos suyos, dejándose condenar á medida de su malicia. En el tercero perdió todo el crédito que con muchos ejemplos, virtudes y milagros había justísimamente merecido. En el cuarto, siendo el Señor soberano y exento de toda jurisdicción, fué entregado á Herodes como sujeto y vasallo. En el quinto fué su sabiduría y virtud despreciada, y tratado como loco. En el sexto le fué dado en la tierra el lugar contrario á lo que merecía, entre ladrones y malvados, siendo juzgado y tenido como uno de ellos. ¡Quién dijera que éstos podían ser los caminos derechos, ciertos y seguros del cielo, por donde el Señor subió al triunfo de su gloria, y por donde nos vino todo el bien que tenemos y que esperamos!

Algo de esto me parece que sentía David en espíritu, cuando dijo: *Mostradme, Señor, vuestros caminos, y enseñadme vuestras sendas. Guíadme y enseñadme por vuestra verdad; porque Vos*

sais Dios, Salvador mío, y por Vos espero todo el día; acordaos de vuestras misericordias y piedades, que son eternas. Porque aunque David se veía encaminado por Dios de pastor de ovejas al estado real; de perseguido por el rey Saúl, á señor de todos sus enemigos; de pobre mancebo, á valeroso y esforzado capitán; de desconocido, al más afamado de su tiempo; de menor de la pobre casa de su padre, al mayor del pueblo y casa de Dios; de baja generación, á principal tronco de que descendiese el Hijo de Dios hecho hombre, y escogido de Dios para su Profeta, con todo eso siempre vivió en él (entre las obligaciones de tan grandes cosas á que Dios le ensalzó) una memoria y gusto de la bajeza del primer estado de que Dios le sacó, una estimación humilde de sí mismo, un cierto abatirse en su interior reputación por el más bajo de todas las criaturas, que cuando profetizaba los abatimientos de la Pasión de Cristo, siempre los relatava como hablando de sí y casi de su persona, como quien á ninguna otra cosa tenía envidia, sino á los que habían de tener delante de sus ojos á Dios humillado y habían de imitar públicamente á la Majestad divina abatida y crucificada en la tierra; y ya que no le había de ver, desprendía su corazón de las cosas grandes en que Dios le había puesto, y le pedía alguna luz y conocimiento de aquellos caminos secretos del cielo, llenos de todas las riquezas de las misericordias de Dios, que entonces estaban encubiertos, y habían de ser abiertos por el Señor, y servir de camino real para los justos. Saludábalos de lejos, desde allí los deseaba, desde allí trabajava por enderezar su espíritu por ellos en cuanto le era posible; y así vemos en este santo rey que, siendo uno de los mayores y más valerosos príncipes de su tiempo, siempre que hubo ocasión de ser castigado por Dios, perseguido, injuriado ó atribulado de los hombres, de tal suerte se mostró humilde y rendido á cuanto le abatía, como quien tenía delante de los ojos el ejemplo de aquella divina Majestad, á quien veía en espíritu y deseaba imitar.

Por aquí veremos cuánta más obligación tenemos los que por la bondad de Dios llevamos ya delante los caminos del Señor, que El abrió por sí, publicó y consagró en sí mismo, y que tenemos por Maestro y guía al mismo Hijo de Dios humillado, para pedir al Señor con inflamados corazones que nos lleve por sus caminos y nos los haga entender, y para sentir mucho la ceguedad que hay en el mundo de tan desenbiertas y tan claras verdades. Bien creo que si David se hubiera visto con este divino retrato puesto ya en la plaza, tuviera mucho que hacer para contentarse en no andar buscando ocasiones de verse preso por este Señor, abofeteado y tratado por las plazas como loco, injuriado y desestimado como El fué, al modo que muchos Santos lo hicieron, inflamados por el divino espíritu que los guiaba. Nosotros, que no llegamos á esto, y vemos la gran blandura con que Dios nos trata, sin obligarnos á imitarle por los mismos extremos públicos por donde nos granjeó el amor, qué excusa tendremos para no avivar en el alma el cuidado de contentar-

le en todo y huir de los caminos seguidos de los pecadores que de El nos apartan? ¿Qué excusa podemos tener delante de El para no honrarnos mucho de ser sus discípulos todas las veces que se ofreciere ocasión de sufrir cosas afrentosas y de que la naturaleza disgusta; ó á lo menos de tener dentro del alma un vivo conocimiento de cuán justamente merecemos por nuestros pecados ser despreciados de toda criatura, y que nuestro propio lugar es un puro abatimiento en la tierra?

Muchos tendrán estado que represente honra y grandeza, sin espíritu para dejarle por Dios y abatirse en el mundo por asemejarse á este Señor. Mas ya que da licencia para esto, no dejan todos de tener obligación de abatir con mucho cuidado su soberbia delante de los ojos de Dios, y hacer interiormente caminar á su alma por los caminos que Cristo nos enseña, de paciencia, sufrimiento, desprecio de sí, tenerse en muy baja cuenta, aceptar de la mano del Señor todo suceso trabajoso, suspirar siempre por el Maestro y Señor de estos santos caminos, que les dé la mano, que no se aparte lejos y cotejarse siempre con El, confundirse de cuán mal le siguen, y sobre todo andar con mucho tiento y cautela en los caminos engañosos que Dios en su vida no aprobó, á fin de que el alma que crió para sí no se pierda. Y si esto anda vivo en el alma, encubierto con diferentes demostraciones exteriores de los estados que la ley de Dios no reprueba, es, sin duda, una de las grandes hermosuras de la Iglesia de Dios; y mucho más lo será del cielo, y se verá cuando Dios en el día del juicio glorificare á estos sus verdaderos imitadores, no por lo que exteriormente parecían, sino por lo que en el interior amaban y seguían; y le servirán para dar con ellos en rostro á todos los que, por la vanidad de la vida y amor propio de su carne, perdieron los verdaderos bienes del espíritu.

Y si esta clase de gente es tan acepta á Dios ¿cuánto lo serán los que delante de los ojos del mundo se precian públicamente de imitar el abatimiento de Cristo interior y exteriormente? ¿Y cuán aborrecidos serán de El los que profesan esta vida pura evangélica y apostólica, si olvidados de la imitación de este Señor, llevarán á los monasterios memorias y puntos de honra, olvidando la humildad y desprecio de sí mismos? Omitiendo lo que en esto se pudiera decir y los engaños que ha inventado la malicia humana para mezclar la vanidad con la cristiandad, vengo á parar en una sola cosa: Que en el día de la cuenta (según dijo Cristo) nos ha de juzgar el que nos enseñó; y porque en su doctrina no hubiese alguna falsa inteligencia, la puso por obra para desengañar de que, pues el discípulo no puede saber más que el maestro, ni el siervo ser mayor que el Señor, sepan todos que ninguno medrará por las cosas que tan á su costa declaró aborrecer y en que tan claramente mostró la voluntad de que en lo interior le imitasen todos, y en lo exterior los que profesan vida más estrecha.

EJERCICIO DE LOS PASOS CON QUE EL SEÑOR FUÉ LLEVADO
AFRENTOSAMENTE POR JERUSALÉN

Despierta, alma mía, del sueño de tu tibieza y descuido; espera al Señor, á quien los judíos tienen condenado á muerte y le quieren sacar fuera; mira cuán trabajosos y afrentosos caminos anda hoy por tí; mira que ojerás trae del desvelo de la noche; las hinchazones y cardenales de las bofetadas; los cabellos de la barba y cabeza despedazados. Mira cómo sale con la soga á la garganta y las manos atrás atadas; acompáñale, y considera cuán caro le costaste. Mira cómo le llevan de casa de Caifás á la de Pilatos, como falso Dios, falso profeta, traidor y alborotador del pueblo. De casa de Pilatos á Herodes, como falso rey y vasallo, á ser juzgado de tan perversa criatura. De Herodes á Pilatos, como loco; de Pilatos á la cruz, como ladrón. Mira el Cordero, por tí entre lobos; las puñadas que le dan; el estruendo de los alguaciles y soldados; los vayas del pueblo; los escarnios y risas de los fariseos; los gritos de los muchachos, los encontrones y maldiciones de aquellos entre quienes va metido. Mira aquellas calles y plazas consagradas con sus milagros y calientes todavía de las obras de su amor y de sus maravillas, por donde seis días antes fué llevado con divinas honras, mira cómo todo se ha transformado de repente en deshonra y afrenta suya. Mira este manso y divino Cordero, callado, sufrido, entregado á todo, dejarse tratar sin resistencia, de cada uno, como la malicia y odio que le tienen desea, no como El merece. ¿Qué dices á esto, alma miserable? ¿Qué dices á esto, hombre terreno, polvo, ceniza, y tan soberbio? ¿Qué es esto que ves hacer al Hijo de Dios, oh pecador desventurado? ¿Qué caminos son los que lleva y quien le trajo á ellos? ¡Oh Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo! ¡Oh mi juez, mi Dios, mi bienaventuranzal! Abrid, Señor, mis ojos y mi entendimiento para que entienda vuestros caminos y en ellos vea y conozca la perdición de los míos.

Vos, sabiduría eterna, que no podéis ser engañado, juzgáis las cosas y las pesáis en recta balanza; por eso, tomando mis culpas y desventurados pasos sobre Vos para pagar el mal que yo en ellos cometí, no quisisteis dispensar con Vos ni admitir alivio alguno en lo que yo merezco; y lo que era recta justicia que yo padeciese, eso propio sufristeis Vos por mí; y no sólo pagasteis por mis males, sino que encaminasteis mis errados caminos y me enseñasteis la senda derecha de la salvación con la que Vos andáis. ¡Oh mi luz divina, oh verdad eterna! Apiaados de esta mi ceguedad, alumbradme, que todavía no os entiendo, ni me entiendo á mí mismo, ni me conozco. Mostradme, Señor, descubiertamente vuestros caminos; enseñadme vuestras sendas, guíadme por vuestra verdad, pues tengo puestos mis ojos en Vos, que sois mi Dios, mi Salvador, mi camino, verdad y guía de mi vida. Acordaos, Señor, de vuestras infinitas misericordias, y olvidaos de mis males é ignorancias. Acordaos de esta criatura con quien tantas misericordias habéis usado, del amor con

que me habéis mantenido y de la bondad con que me habéis esperado y sufrido hasta aquí, á fin de encaminarme y hacer conocer mis males y desventurados pasos, y llorarlos ante Vos, para que me saquéis de ellos y encaminéis donde ahora me enseñáis.

Aquí, Señor, os quiero confesar con dolor y amargura de mi alma mis males, y llorar ante Vos los caminos de mi perdición, que tengo tan seguidos, para que me castigéis, y con vuestra misericordia me llevéis por los del cielo para que me criasteis. Ahí, Señor, esas paternales entrañas; poned en mí esos piadosos ojos; recibid este perdido hijo pródigo, por quien tanto padecéis. Vos, mi buen Jesús, me criasteis á vuestra imagen y semejanza; después de formado me consagrasteis y limpiasteis en el santo bautismo con vuestra preciosa sangre, cuya virtud y gracia está en él para limpiar las almas; luego estampasteis en mi corazón los divinos caminos de la vida, fe, esperanza y caridad. Vos escribisteis en mi alma vuestra ley para que por ella fuese á Vos. Mucho antes que naciese os hicisteis mi Maestro y Redentor y me ordenasteis á la Iglesia católica; en ella enseñasteis vuestra doctrina para mí; me abristeis las puertas del cielo; me prometisteis vuestras riquezas. Cuando crecí, hallé y entendí todo esto y mucho más, aparejado delante de mis ojos, clara y descubiertamente como verdaderos caminos de la vida eterna; y si como Hijo y siervo vuestro hubiera querido andar por ellos hasta hoy, como en el bautismo os prometí, ¡oh cuán unido estuviera ahora con Vos, amor infinito! ¡Cuán llena estuviera mi alma de vuestra luz! ¡Cuán rica de vuestras mercedes! ¡Cuán levantada y transformada en Vos! ¡Cuán abrasada de vuestro amor! ¡Cuán pura y limpia de las culpas que cometí! ¡Oh, misericordia infinita, no me confundáis! ¡Oh, bondad eterna, no me apartéis de vuestro rostro como merezco! Todo esto desprecié, Dios mío, aparté los ojos de Vos, y púselos en mí y en el mundo; seguí mi dañada voluntad y no la vuestra. Creía una cosa y hacía otra; las esperanzas que había de poner en Vos, las puse en las mentiras y falsedades de la vida; el amor, que á sólo Vos debía, os le quité y le entregué á todo cuanto Vos aborrecéis. ¡Oh mi Dios! ¿En qué puse este amor? ¿En qué, misericordia mía? ¿En qué, mi Señor? ¡Oh, quién le supiese sentir, y quién no se corriese de decirlo! Alargad, Señor, las riquezas de vuestra misericordia para suírme en esta hora.

Aquí se parará de asiento el que se ejercitare, y con el mayor sentimiento que pudiere, traiga á la memoria los más graves pecados que en la vida cometió y que más le apartaron de Dios, juntamente con aquello á que se ve más inclinado, y le impide más bienes espirituales, y por donde conoce que descontenta más á Dios; y con el dolor más entrañable de todo ello se humillará y confundirá delante del Señor, á quien tanto ve padre por su remedio; y luego proseguirá, diciendo:

Este soy, Dios mío; veis aquí al miserable por quien tanto padecéis; veis aquí los errados caminos que hasta ahora anduve, que os traen abatido por estos tan alreñados que hoy andáis; veis aquí la vanidad de mis pensamientos, la bajeza de las cosas que

amé, la torpeza de mi vida miserable. En esto gasté las fuerzas que me disteis; en esto empleé las potencias del alma que en sólo Vos debían ocuparse, y éstos fueron mis gustos y mis cuidados. Y Vos, vida de mi alma y Dios mío, ¡cuán lejos anduvisteis de este triste corazón! ¡Cuán detrás de mis espaldas os eché! ¡Cuánto os desprecié! ¡Cómo os desestimé, y no hice caso de cuanto me disteis y prometisteis! Y siendo yo éste, no hago nada, y á Vos os veo de esa manera deshonrado, afrentado y atribulado. Yo me levanté contra Vos, Dios mío, y Vos, Hijo verdadero de Dios, sois maltratado como traidor. Yo me desvanecí y enloquecí en mis vanidades, y Vos, divina Sabiduría, sois tratado como loco. Yo fui el ladrón que robé vuestra gloria y el amor que os debía para darle á las cosas que Vos aborrecéis, y Vos, mi Dios, sois tratado como ladrón. A mí me debían tratar de esa manera; contra mí se debían levantar todas las criaturas; á mí me habían de llevar á la vergüenza deshonrado por las plazas como traidor é ingrato á Vos, errado en mis caminos. Y Vos, Dios mío, vida de mi alma, me perdonáis á mí y os ofrecéis á pasar por mí todo esto que yo merezco. Adoro, mi Dios, esa bondad infinita; adoro ese amor que me tenéis; por él, Señor, os pido que me perdonéis, me mudéis y encaminéis. Poned ley á mis caminos, guíadme y llevadme por ella; tomadme por la mano y llevadme en pos de Vos, y correré al olor de vuestros divinos ungüentos. Si me dejáis, enflaquezco como niño, y me pierdo como nuevo en estas vuestras verdades, y caigo como flaco y consumido en mis maldades. Mas si Vos me tomáis y me lleváis, todo lo podré, andaré y correré. Olvidaos, Señor, de mis males pasados, y desde ahora en adelante tomadme á vuestra cuenta para llevarme por vuestros caminos, y apartarme de los míos.

¡Oh mi buen Jesús, lumbre de mis ojos, luz de mis ignorancias, resplandor que alumbráis mis ceguedades! Enseñadme en mi interior el secreto de estos vuestros caminos. ¿Por ventura no vinisteis al mundo para abrir el camino del cielo, vencer al demonio, mundo y nuestros enemigos; á perdonar pecados, á reinar en las almas, á daros á conocer á Vos y á vuestro Padre Eterno, á plantar vuestro amor y de las cosas celestiales en las almas, á levantar nuestros corazones de la tierra y enamorarlos de vuestra divina hermosura, á saciar nuestros deseos, remediar todas vuestras necesidades y á enriquecernos de todos bienes y glorias? Pues, Señor, es este el camino que lleváis para tantas y tan grandes obras? ¡Oh secretos de la divina sabiduría! ¡Quién anduviese siempre, mi Dios, tras Vos, alabando y contemplando vuestras admirables obras y consejos! Por estos caminos confundis la soberbia y ensalzáis á los humildes; por ellos derretís las frialdades y abrasáis los corazones; por ellos confundís la vanidad del mundo; por ellos levantáis las almas y las sacáis del lodo de sus pecados; por ellos triunfáis de vuestros enemigos y complacéis al Padre Eterno; por ellos nos enseñáis, alumbráis, inflamáis y enriquecéis. ¡Oh cuán hermosos son vuestros pasos, Hijo de Dios vivo! ¡Cuán sabios vuestros consejos, sabiduría eterna! ¡Cuán

acertados vuestros caminos, vida verdadera de mi alma! ¿Pues dónde quedo yo, Dios mío, si no os sigo, y dónde iré á dar, si no me lleváis por esos pasos? ¿Cuándo me veré por Vos, como os veo por mí? ¿Cuándo amaré tanto mi desprecio, como amé la vanidad de la vida? Cuando por ser vuestro me veo atribulado y me alumbráis, luego aborrezco la vida, el mundo me fastidia, veo mejor la necesidad que de Vos tengo, suspiro más por Vos y os deseo; quisiera estar siempre con Vos, sin apartarme; cuando la carne está gustosa, todo esto se halla ciego y en olvido. Pues, Señor, vuestros caminos son los que me convienen; á ellos quiero, y por ellos deseo caminar. Dad fin á mi mala vida pasada; acabad la ceguedad de esta pobre alma; encended este desarreglado corazón en amor de vuestros pasos, y llevadme con misericordia por vuestros caminos. ¡Oh mi amor, oh vida de mi alma, oh luz de mis ojos, oh verdadero remedador de mis males!

¡Oh Madre de Dios sacratísima, oveja sin mancha, que aunque no pasasteis por estas deshonras, imitasteis perfectamente estos caminos del Señor! En las propias horas que El andaba estos trabajos pasados, caminábais Vos desde vuestra casa á buscarle llena de lágrimas y dolores, llena de fe y de amor, y llena de conformidad con la voluntad divina. El padeciendo, Vos sintiendo, amando y llorando, fueron vuestros sagrados corazones los dos únicos compañeros que más contentaron al Padre Eterno. Pues, Señora mía, Madre de misericordia, ¿cómo puedo yo ir acertado por otro camino? Señora mía, Reina de los ángeles, ayudadme desde ahora en adelante á aborrecer mi mala vida, y andar por este camino seguro del desprecio y humildad. Sed Vos mi valedora, y alcanzadme para esto la luz y fortaleza que yo no merezco. ¡Oh espíritus angélicos, que veis y alabáis estos admirables consejos de Dios, ciudadanos de la corte celestial, que también anduvisteis por caminos errados y los mudasteis en imitación de este Señor, y estáis gloriosos por este su abatimiento, y contempláis claramente estas soberanas verdades! Tened compasión de este miserable peregrino, ciego é ignorante. Alcanzadme una centalla de la luz que tenéis y del amor en que ardéis, para que me mude y encamine á vuestra compañía. Amén.

TRABAJO XXXV

Ser tratado como loco.

LEGARON á casa de Pilatos los sacerdotes y príncipes de los judíos, letrados y fariseos, con el Señor atado, y en tal figura, que pudiese juzgar Pilatos haber pasado con El algún nuevo y extraordinario caso; y para acreditar más el negocio con la autoridad de sus personas y con la opinión de religión y santidad, quisieron ellos mismos ser los acusadores; pero no entraron en el Pretorio ó Audiencia de Pilatos, por ser casa de gentil que ellos tenían por profana: cooperando también el día, que era entonces de la Pas-

cua, en que comían el pan sin levadura, que tenían por santo, y juzgaban quedarían inmundos y profanados para comerle si entraban en casa de un gentil que no guardaba sus leyes. Tal es y tan ciego el corazón humano, entregado á sus vicios, que muchas veces en cosas de muy poca importancia se muestra muy contenido, ya por la opinión de la gente, ó mantener el crédito de su persona. ó ya por respetos humanos, que ni hacen ni deshacen para el alma, y á ésta la tiene rendida á sus ceguedades, y tan empedernida en los vicios, que de ellos hace vida y por ellos insensiblemente pierde los tesoros del cielo.

Tenían estos infelices mortal odio al Hijo de Dios vivo que les estaba prometido, y ya dado: levantábanle muy falsos testimonios; pervertían toda verdad y justicia; procuraban con suma instancia quitar la vida al inocente Cordero; añadían muchas blasfemias contra El; feas ingratitudes á sus soberanas mercedes, que eran males muy para sentir; y no haciendo caso de ellos, antes bien cebando allí sus dañadas voluntades, con gusto de llevarlas adelante, se mostraban, por otra parte, muy escrupulosos de entrar en casa de un gentil, porque en ello profanaban su fingida santidad y quedaban inhábiles para comer el pan ácimo de la Pascua. Pilatos, mirando á la autoridad de las principales personas de los judíos que allí venían, salió fuera, ya que ellos decían no poder entrar en su casa, y oyó sus acusaciones, reducidas á que el Señor predicaba falsas doctrinas, que perturbaba el pueblo, comenzando desde Galilea hasta Jerusalén. Al oír Pilatos el nombre de Galilea, preguntó de dónde era el Señor, y oyendo que de Nazaret de Galilea, perteneciente á la jurisdicción del rey Herodes, que á la sazón estaba en Jerusalén, quiso congraciarse con él y mandó que lo llevasen allí, y que él le oyese y juzgase. Quiso Cristo nuestro Señor que Pilatos y Herodes tuviesen entre sí este cumplimiento sobre su persona, remitiendo Pilatos á Herodes su causa, y volviéndola después Herodes á Pilatos, por hacer el Señor sus obras en todas las partes donde entrase; pues siendo los dos enemigos hasta allí, contrajeron amistad con estas atenciones; y ya que no cabía en ellos por entonces otra cosa buena, á lo menos recibieron del Señor sin entenderlo, la merced de paz y amistad, importantísima entre los que gobiernan la república; y aunque fué á costa de mucha deshonra suya, no dejó de hacerles la importante merced de reconciliarlos, para que todos veamos qué hará, ó por mejor decir, qué no hará en los corazones que hallare llenos de su amor, deseosos de él, y dispuestos para lo que desea comunicar á las almas. No sabe el amor del buen Jesús estar ocioso, sino donde halla dureza de corazón é impedimentos voluntarios, y aun entonces se emplea en esperar y sufrir.

Retirado Pilatos, llevaron los judíos al Señor á casa del rey Herodes, y se le pusieron delante, acusándole vivamente de muchos falsos testimonios. Herodes hizo poco caso de las acusaciones, porque iban con tal desorden, que manifestaban claramente nacer